

**EL OJO CRÍTICO**



José  
Lois  
Estévez

## **Progresismo jurídico y regresión.** *Por José Lois Estévez*

**HACE** bastantes años que en España, la autodenominada izquierda política se califica de progresista, mientras tilda de reaccionaria, término que quiere identificar con regresiva, a la antigua derecha, hoy prácticamente inconfesada.

En rigor, como tantos otros conceptos políticos, izquierda y derecha tienen un origen religioso. Lo encontramos en el Evangelio de S. Mateo, 25, 34 ss., donde se distingue en el juicio final a los justos de los inicuos, poniendo unos a la derecha y otros a la izquierda del juez supremo.

La primera vez que esta escisión comienza a tomar cuerpo en política es en 1789 en la Asamblea Nacional francesa con función constituyente. Allí, según escribe Carlyle: “Como en todas las reuniones humanas, los semejantes empiezan a agruparse según la antigua regla: *Ubi homines sunt, modi sunt*. Se producen rudimentos de métodos, rudimentos de partidos. Hay una derecha y una izquierda, siguiendo la derecha y la izquierda del presidente... Preeminente en la derecha, aboga y perora Cazalés... También rebulle allí Mirabeau-Tonel, con su vivo ingenio; el sombrío d’Esprémenil... el abate Maury... El lado izquierdo se llama también el lado de Orleans... También allí se sienta el verdoso Robespierre...”.

**EN** cualquier caso, la más famosa distinción entre izquierda y derecha se produjo poco después, en la Asamblea Legislativa de 1791 y en la Convención, al año siguiente. En ambas había izquierda, derecha y centro; los dos extremos, mejor representados por su posición en plano superior (montaña) o a nivel común (llanura). Pero en la Legislativa estaban a la derecha los Feuillants, partidarios de la Constitución mientras que se sentaban a la izquierda los Girondinos y Jacobinos. Ocupaban el centro los teóricamente independientes, que apoyaban circunstancialmente a unos u otros (eran “el pantano”). El cambio más importante en la Convención fue que los Girondinos ocuparan la derecha cuando los Jacobinos permanecían en la montaña.

Hoy la clasificación sigue siendo rudimental. ¿Cómo identificar izquierda, derecha, centro? Por instinto de conservación, los políticos rehuyen las definiciones, que, susceptibles de verdad o falsedad, permitirán refutar sus alegatos proselitistas.

En efecto; imaginemos que la línea divisoria entre los partidos se trace desde la pregunta: ¿qué debe ser más esencial al Estado el orden o la libertad? Supuesto que los partidos de derechas se pronuncien por el orden y los de izquierdas, por la libertad; resulta la fórmula inválida, porque, así, reservándose al centro la síntesis de la antonomía, o sea el Derecho, ¿quién podría negar la superioridad de la última solución?

Donoso, a partir de un hecho, sugirió una alternativa diferente. Como la aspiración común a todos los partidos es conquistar el poder: tal es el fin que realmente persiguen. Las exposiciones propagandísticas que resumen su ideología pública no son sino medios para conseguirlo. Ahora bien –y aquí está su genialidad– Donoso descubrió que hay ideas que sirven para la oposición de ideas apropiadas para el Gobierno. En el fondo, esto implica que al llegar al poder, el más

izquierdista de los partidos encarna la derecha. Y los que la representaban ya liman sus aristas y moderan sus actitudes más agrestes.

**LO** malo es que si un partido, al llegar al Gobierno, mantiene fanáticamente su potencial agresividad y se olvida de que no representa ya a una facción, sino a todo el país, marca una intolerable distinción entre sus prosélitos y la demás gente. Así, traiciona la Justicia, la igualdad ante la ley y la libertad de muchos.

Rousseau ponía todo su empeño en prohibir las asociaciones políticas, porque las creía incompatibles con la voluntad general: temía la radicalización inmoderada de las facciones. Su previsión no era desorbitada, como pudo verse cuando el triunfo, electoral o revolucionario, convirtió al vencedor en partido único.

En constituciones cerradas a esto, los programas políticos optan por borrosas ideologías y rehuyen las pormenorizadas explicaciones que exigirían Ciencia. No importa que costando al hombre millones de años descubrir el método científico, resulte anacrónico seguir aferrados a improvisadas utopías. Es decir, a promesas que omiten los trámites necesarios para realizarlas.

Así ocurrió con el marxismo. Su materialismo histórico pretendió ser la perfecta definición de la izquierda, y, al triunfar, ilegalizó cualquier otra tendencia política. Pero la ideología de Marx, propia para captar prosélitos, mal comprendiendo la fluidez de las clases sociales de entonces, se cegaba a la única partición verdaderamente identificable: los dominadores y los dominados. Y pasó por alto ciertas premonitorias palabras de Troski: “La historia de la humanidad es una sucesión de formas laborales más eficientes cada vez. Por eso, si nuestro sistema de división y distribución del trabajo, no resulta suficientemente productivo, la fórmula socialista tendrá que declararse en quiebra”.

**FUE** una despiadada necesidad la que llevó a Gorbachov a reconocer el fracaso del régimen soviético. La evolución ulterior fue el efecto de la onda resonante suscitada por su perestroika.

Estaba previsto; más al demolerse el muro de Berlín, la izquierda se sintió consternada. Su argumentación apologética no cesaba de invocar, como su “prueba”, el éxito, los resultados prácticos. Marx anteponía al conocimiento del mundo, su transformación. Era un proceder a oscuras. Pero el país en que se había implantado el marxismo “modelo”, justo desde la infraestructura económica que presagiaba la perfección paradisíaca, en vez de cosechar éxitos, había fracasado tan estrepitosamente que nadie lo querría ya para sí. Y eso, pese a contar con los recursos de un Estado totalitario. La conclusión es patente: si un socialismo absoluto había sido vencido por un capitalismo libre, ¿qué se podía esperar de un socialismo resignado a la democracia?

(\*) *Catedrático extraordinario  
de Epistemología*